

Reyna Barrera. *Sandra, secreto amor*

María Stoopen

Reyna Barrera, en *Sandra, secreto amor*, título que publica la editorial Plaza y Valdés, nos entrega una novela cuyas coordenadas espacio-temporales se ubican en la ciudad de Guanajuato durante el Festival Internacional Cervantino. La mirada del narrador o narradora —el relato no le otorga marcas de género— acompaña a los participantes que suelen asistir anualmente al Festival. Sin embargo, dicho narrador no participa en los sucesos. La suya es una visión enterada de los avatares y personajes que toman parte en el mencionado acontecimiento, aunque externa en relación con el acontecer cotidiano de los habitantes de la ciudad. Los espacios públicos de Guanajuato son el gran escenario en que se desarrolla la historia; sin embargo, los guanajuatenses estarán ausentes; el lector no se enterará, sino hacia el final de la novela de qué manera ellos experimentan el magno evento cultural ni de cómo éste afecta sus vidas. En tal sentido, el relato de Reyna Barrera mantendría una postura opuesta a la de *Las buenas conciencias* (1959), de Carlos Fuentes, novela que permite al lector asomarse al drama íntimo del joven Jaime Ceballos, oriundo del lugar, en conflicto con los valores tradicionales de su familia y de la sociedad. No obstante, en algunos capítulos, el de Reyna hará una cala en el pasado guanajuatense de algunos de los protagonistas. Una de ellas, Arcelia, por ejemplo, además de vivir una temporada en la ciudad minera, cuenta entre sus ancestros nada menos que a una de las célebres momias de Guanajuato, personaje al que sus descendientes le presentan ofrendas y aun le cambian de traje, y con él de identidad histórica, en medio del ir y venir de turistas asombrados.

Es así que el relato inicia en el presente de una de las ediciones del festival y el narrador, en los capítulos que continúan, se remonta al pasado para informar sobre los antecedentes de los protagonistas. Narrador omnisciente, cuenta las andanzas de un grupo de amigos, compuesto por Luis, Eurídice y Arcelia, “un trío de viajeros, visitantes coincidentes, diletantes de las artes escénicas. Tres jóvenes ciudadanos” —provenientes del D. F.—, “cuyas edades oscilaban entre los 22, 25 y 28 años” (p. 26), quienes “trabajaban para el Cervantino desde meses antes de iniciarse hasta su culminación” (p. 14), y los que más adelante se vincularán con otros personajes reunidos en ese escenario por el mismo motivo. La voz narrativa, junto con ellos, hace un recorrido de distintos planos de la ciudad; se interna en el subsuelo —en sus

túneles y minas—; camina sus calles; por momentos da cuenta, con una mirada ingenua y popular, de lo que sucede en el plano celestial —ángeles artesanales que se desploman de las alturas, ánimas en pena, fantasmas que pueblan la vieja ciudad—; concurre a los espacios culturales, a las fiestas callejeras, a los hoteles en que se hospedan los numerosos visitantes e, indiscreto, se introducirá también en las habitaciones que ocupan los miembros del grupo. Documenta, pues, tanto el bullicio carnavalesco que se apodera anualmente de la ciudad colonial, como chismes y escándalos de las personalidades que intervienen en el festival, y también las historias amorosas y los actos íntimos que protagonizan los personajes principales. En suma, la mirada narrativa, con una focalización múltiple, persigue a los personajes por las diversas localidades y acontecimientos del FIC, lo cual le da la oportunidad de informar de espectáculos y artistas, así como de describir espacios y ambientes. Una de sus finalidades, entre otras, sería la de atrapar la rica atmósfera del Festival Cervantino.

Sin embargo —es tiempo de señalarlo—, la tarea del narrador es asistida por otras plumas: la de Eurídice, quien se sueña novelista y en su diario comenta intermitentemente los sucesos y espectáculos, o registra sus propios sueños y emociones, así como la de Luis, quien dirige cartas de amor a un amado ausente, y las recibidas de parte de este mismo, o la de Ramón López, el poeta en ciernes, que escribe también misivas a su amada. No faltan tampoco notas periodísticas que informan de escándalos protagonizados por algún connotado director de escena. Tales recursos crearán textos alternos que bien se suman, bien se oponen al principal.

Sandra, secreto amor, ya que la ocasión es propicia, adopta también posturas culteranas: por momentos, algún personaje ofrece cápsulas culturales sobre la historia de acontecimientos y recintos (p. 15) o imagina “una revolución teatral” (p. 37), una especie de ópera *kitsch-pop*, en la cual convivirían música de distinta procedencia y personajes de la literatura clásica así como de las tiras cómicas. El narrador recuerda pasajes de novelas, como *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier (p. 15) o, desde la memoria de los protagonistas, a poetas como Federico García Lorca, Ramón López Velarde (p. 50), Pablo Neruda (p. 72), o cita datos de la *trivia* popular, de la tragedia griega. La ocasión se presta, asimismo, para que los personajes hagan reseñas de los espectáculos, en sus charlas o por escrito, y comenten anécdotas relacionadas con artistas que asisten al evento. Pero, sobre todo, la novela está plagada de guiños y menciones a la obra de Miguel de Cervantes, en general, y al *Quijote*, en particular, el cual es también leído y comentado por los personajes, además de que uno de los capítulos lleva por título “Dulcinea”, apelativo que los enamorados, tanto Armando como Eurídice, le darán en ocasiones a sus amadas. Tales alusiones podrían interpretarse como un homenaje no sólo

al genio inspirador del festival, sino también a la ciudad mexicana cervantina por excelencia.

La novela tiene, además, múltiples registros; por momentos roza el realismo mágico, por ejemplo, en la historia de unos hermanos lectores que mueren, por accidente, sepultados por montañas formadas con sus propios libros. Es asimismo un diálogo entre las variadas manifestaciones del arte —música, literatura, danza, ópera, teatro—, así como entre dos ciudades: la ciudad de México, de cuya visión y cultura son portadores los *defeños*, y Guanajuato, objeto de descripción morosa y amorosa por parte del narrador. La cocina mexicana es otra de las referencias culturales; está presente en su amplia profusión en recetas y descripciones. La enumeración de los platos parecería hiperbólica para el novato, aunque, para quienes somos aficionados a ella, resulta descrita en su justa dimensión. De igual modo, comparece la sabiduría ancestral de la anciana indígena, Lala, quien tiñe de una visión poética del mundo el alma del niño Ramón, así como todo el fragmento en el cual ella interviene. En ese capítulo, el narrador da cuenta, con ambigüedad intencional, de la equívocidad sexual del personaje, quien por designio paterno recibe el nombre de Ramón aun antes de nacer: “Cuando nació, aunque el acta de nacimiento dijera otra cosa, la familia dio por llamarle indistintamente Rami o Ramón, sin importar el género del nombre, Moncho, Monchito; Mongui fue otro de los sobrenombres usados por los parientes” (p. 48).

195

La confusión de género se resuelve en el periodo de la adolescencia de ese niño que había recibido un nombre masculino. Sin transición narrativa, únicamente a base de cambios en el género de los pronombres, el lector descubre que el que supuso varoncito, páginas atrás, acaba siendo Ramona y enamorándose de su compañera de la preparatoria, Sandra:

Si vestía como muchacho, las adolescentes *la* rechazaban; pero *ellos la* adoptaban de inmediato como un camarada más para completar el equipo de béisbol, por ejemplo. Si vestía como *ellas*, se sentía acosada por quienes se declaraban sus amigas y protectoras. ¡Como si lo necesitara! (p. 53. Los subrayados son míos).

Sin embargo, los eventos infantiles de quien el relato presenta como niño, enriquecidos por la magia y la poesía de la indígena, no guardan una clara relación con el protagonismo y la posesividad que caracterizarán a Ramona después como personaje adulto, comportamientos que arrojarán a Sandra, su amante, en brazos de Eurídice, después de un tormentoso acceso de celos protagonizado por aquella.

Las escenas eróticas lésbicas entre la pareja naciente, formada por Eurídice y Sandra —hay que decirlo—, recortadas en moldes clásicos, en que las aman-

tes son náyades, sirenas, amazonas, afroditas, según lo requieren los momentos del amor, llenan algunas de las páginas líricas mejor logradas de la novela. Ello no obsta para que las rivales Ramona y Eurídice, en los momentos en que se disputan el objeto del deseo, tengan comportamientos típicamente masculinos, aunque sean sólo imaginarios.

196 La novela cuenta dos historias de amor más vividas por los miembros del trío de jóvenes asistentes al festival: la de Arcelia con Armando, romance gestado tiempo atrás y cuyas fases de coqueteo y culminación feliz se desarrollan en dos de los capítulos y, de nuevo, en dos niveles topográficos: el de la superficie y el del subsuelo, en esta ocasión, las minas de plata, recorridas por los enamorados junto con un grupo de periodistas y de las cuales se da una acertada descripción. Asimismo, el trágico amor de Luis, de quien se cuenta su relación homoerótica con John, un escritor estadounidense, con el que se reunía cada año en el festival, y también, por medio de misivas que le envía John, del proceso de deterioro y desenlace fatal al que conduce a este último el VIH que minó su cuerpo hasta acabar con él.

La historia culmina con el suicidio de Luis, motivado por la desaparición de su pareja, en una de las *suites* de lujo de uno de los hoteles que alojan a los visitantes, decisión premeditada, en cuyos preparativos, así como en la atención que pone para que finalice con éxito el festival, el personaje se comporta con gran aplomo y muestra su carácter meticuloso. Final trágico que contrasta con el ambiente festivo con que dio inicio la novela y que da pie al narrador para informar sobre la frialdad con que “el departamento de imprevistos de la comisión organizadora” (p. 136) es capaz de reaccionar para que un acontecimiento de ese tamaño no perturbe el éxito del evento y para presentar por dentro la organización del FIC: sus entrañas, el trabajo de sus organizadores, aquello que no aparece en la prensa. El acontecimiento ofrece la ocasión para que, por fin, el lector se entere del modo como los guanajuatenses viven el magno evento cultural (pp. 136-137).

Final trágico, asimismo, en que el amor y la muerte disuelven, cada uno a su manera, aquella alegre relación inicial de camaradería y complicidades que unía al terceto de amigos: Eurídice encuentra el amor de Sandra, las que volverán juntas a la ciudad de México; Arcelia se casará con Armando, quienes establecerán residencia en la ciudad de Guanajuato, y Luis, después de perder al objeto amoroso y saber que él también está contagiado de VIH, decide poner fin a su vida. Eros y Tánatos se darán un abrazo estrecho al final de la historia.

Reyna Barrera, *Sandra, secreto amor*. México, Plaza y Valdés, 2001.